

LA FALANGE ANTE LAS ELECCIONES DE 1936

Discurso pronunciado por José Antonio en el Cine Europa, de Madrid, el día 2 de febrero de 1936 (VI aniversario)

Por primera vez vemos a la Falange en una coyuntura electoral, y nosotros, que no somos de derecha ni de izquierda, que sabemos que una y otra postura son incompletas, insuficientes, pero que no desconocemos, sin embargo, que en la derecha y en la izquierda, como esperando la voz que le redima, está todo el material humano de España disponible, al encontrarnos ante esta coyuntura electoral hemos tenido que estudiar, incluso con ojos benignos, los programas de la izquierda y de la derecha para ver si tenían algo aprovechable. El programa de la izquierda era el más fácil de estudiar; se ha formulado, con puntos y comas, con números y letras, en los apartados. Y el programa de la izquierda, si se examina, tiene estas tres cosas: en primer lugar, una parte que es de puro señuelo electoral, una pura enumeración de bienandanzas; se va a hacer de España una Arcadia, sin que sepamos cómo. Hay cosas tan contradictorias como el aumento de todos los servicios de la sanidad, de las escuelas, de las comunicaciones y la reducción, al mismo tiempo, de los impuestos. Nadie sabe, si se van a reducir los impuestos, cómo se van a aumentar los servicios. Esta primera parte no tiene otro objeto que cazar a unos candidos electores, no muy dotados de agudo espíritu crítico. Hay una segunda parte, la que se refiere a lo social, donde el manifiesto de las izquierdas, y esto convendría que los obreros lo supiesen, se mantiene en los términos del más cicatero conservatismo. Nada que se acerque a la nacionalización de la tierra, nada que se acerque a la nacionalización de la Banca, nada que se acerque al control obrero, nada que sea avance en lo social. Y hay un tercer ingrediente en este programa de la izquierda que aleja todas nuestras esperanzas en orden al sentido nacional que pudiera aportar: una declaración de que será restablecido en su plenitud el sistema autonómico votado en las Cortes Constituyentes; otra declaración de que renacerán las persecuciones, las hinchorrierías, las mortificaciones personales del primer bienio. Los varones de las izquierdas, reunidos para redactar un manifiesto; los varones de las izquierdas, que saben hasta qué punto hendió la concordia del 13 de abril, esa falta de sentido de totalidad de empresa nacional, cuando se ven en la perspectiva de gobernar a España otra vez tienen el cuidado de decir que indagarán en los expedientes de los agentes de Vigilancia para comprobar su minuciosa adhesión al régimen, o expulsarlos, si no, del servicio.

Claro es que el verdadero fondo del manifiesto de las izquierdas no está en ninguno de estos tres apartados: está en el espíritu total que le informa. El manifiesto de las izquierdas no señala sino una previa época de tránsito, en que la masa fuerte, numerosa, de los partidos proletarios de combate convida benevolamente a unos cuantos burgueses, más o menos resentidos, para que figuren en la candidatura, y como sabe que los va a desbordar pronto, como sabe que no son sino unos mandatarios interinos, les deja el último goce de que se desahoguen un poco en la sustentación de sus pequeños resentimientos.

Este no es juicio temerario. Muchos de vosotros conocéis un periódico que se llama "Renovación". A pesar de su nombre no imaginéis que es el órgano del dignísimo y respetabilísimo D. Antonio Goicoechea, no; "Renovación" es el órgano de las juventudes socialistas se dice, con descaro, que tras del triunfo electoral de las izquierdas empezará el partido socialista revolucionario a montar la dualidad de Poderes; irá armando, junto a cada órgano del Estado, el órgano del partido socialista, el órgano del futuro Estado socialista, para que cuando esté la cosa madura, el partido socialista, ya insertado, ya penetrado en cada una de las células del Poder, no tenga sino desprender la cáscara posiza de los burgueses y quedarse del todo con el Estado socialista soviético.

Si la revolución socialista no fuera otra cosa que la implantación de un nuevo orden en lo económico no nos asustaríamos. Lo que pasa es que la revolución socialista es algo mucho más profundo. Es el triunfo de un sentido materialista de la vida y de la historia; es la sustitución violenta de la Religión por la irreligiosidad; la sustitución de la Patria por la clase cerrada y rencorosa; la agrupación de los hombres por clases y no la agrupación de los hombres de todas clases dentro de la Patria común a todos ellos; es la sustitución de la libertad individual por la sujeción férrea de un Estado que no sólo regula nuestro trabajo, como en un hormiguero, sino que regula también implacablemente nuestro descanso. Es todo esto. Es la venida tempestuosa de un orden destructor de la civilización occidental y cristiana; es la señal de clausura de una civilización que nosotros, educados en sus valores esenciales, nos resistimos a dar por caducada.

Peró si así se nos presentan las izquierdas, ¿cómo se nos presentan las derechas? ¿Qué nos brindan las derechas en sus manifiestos, en sus carteles electorales? Si el rencor es la consigna del frente revolucionario,

(Todavía vibran en el aire nuevo de la Patria las palabras recias y las consignas vigorosas pronunciadas en tierras de Cataluña por el Jefe Nacional de la Falange y Caudillo de todos los españoles, cuando se cumple el sexto aniversario del acto trascendental que José Antonio habló por última vez al pueblo de Madrid, en las veras de martirio.)

En el alma de los falangistas, las palabras inextinguibles del fundador y las consignas rotundas de nuestro Jefe se unen en un sentimiento inquebrantable de intransigente amor a España y de adhesión jubilosa al Caudillo providencial, que nos devolvió la Patria redimida y nos conduce a la cumbre que soñó José Antonio al contemplarnos para la gran empresa imperial de resucitar la Historia.)

El paro obrero, que es una angustia que debía quitar el sueño a todo político español, nos ofrece la triste situación de 700.000 hombres que pasan muchos días y muchas noches sin comer, 700.000 cabezas de familia para quienes el pan diario de sus hijos constituye una congoja sin remedio. Pues bien: ¿qué se hizo contra el paro obrero? Mala literatura parlamentaria. Un proyecto para remediarlo con 100 millones de pesetas. Al final, cuando la época electoral estaba cerca, se les arreglaron de modo que ahora se están haciendo al mismo tiempo no sé cuántas casas en Madrid. Dentro de unos meses, cuando esas casas se concluyan, los obreros de la construcción de Madrid ya no tendrán nada que hacer en veinte años. De los cuatrocientos mil y pico de obreros del campo, que constituyen el núcleo más numeroso y angustioso del paro obrero, no se acordaron siquiera las Cortes de 1933.

Esto en lo material. Veamos en lo espiritual. Ahí tenéis a nuestro Ejército, nuestro magnífico Ejército, que tiene que nutrirse, como siempre, de su tradición heroica; ahí tenéis a nuestro Ejército, a nuestra Armada, a nuestra Aviación, sin cañones, sin torpedos, sin caretas contra los gases asfixiantes; ahí los tenéis, para que si un día (que Dios no mande sobre nosotros) tienen que hacer otra vez cara a una ocasión de guerra, nuestros soldados puedan dejar a sus hijos, como les dejaron tantos militares españoles, la triste gloria de saber que sus padres dieron la vida heroicamente por defender a una Patria representada por un Estado que no les dió medios de defensa.

Aquí tenéis también la escuela, donde ya no se forma el alma de los niños para que sean españoles y cristianos; nuestra escuela, penetrada por el marxismo, que fué cauto para instalarse en la escuela en los dos años del Gobierno cedista y radical.

Aquí tenéis el Estatuto de Cataluña redimido. El Estatuto de Cataluña, que si se dió honradamente, tuvo que darse sobre el supuesto de que en Cataluña ya no quedaban restos del virus separatista. Cuando una región está ganada por entero para la conciencia de la unidad de destino de la Patria, no importa que técnicamente sus organismos de administración, obreros conscientes, no te dejes engañar por lo que te dicen sus apóstoles. Como si el obrero honrado y consciente no supiera que hasta que armó sus fuertes Sindicatos —donde hubo algún apóstol que quizá medró en política, pero donde hubo ánimo combatiente y medios numerosos—, que hasta que tuvo esos Sindicatos y planteó la guerra, los que hoy escriben esos carteles no se acordaron de que eran obreros honrados y conscientes! Esos carteles, donde se habla de todo, desde los incendios de Asturias hasta las toneladas de cemento que pensaba emplear la C. E. D. A. en su plan quinquenal, pero de donde hay dos cosas totalmente ausentes: primera, la sintaxis; segunda, el sentido espiritual de la vida. Cemento, materiales de construcción, jornales, eso sí; aquello de antes, como ya os he dicho esta mañana: el Crucifijo en las escuelas, la Patria, la unidad nacional, ni por asomo. A última hora parece que se han acordado de que habían quedado fuera de los programas estos pequeños detalles, y empiezan a salir algunos carteles que remedian, si no la sintaxis, al menos el descuido. Los carteles del miedo, los carteles de quien teme perder lo material, los carteles que no oponen a un sentido materialista de la existencia un sentido espiritual, nacional y cristiano; los carteles que expresan la misma interpretación materialista del mundo, la interpretación de esa que yo me he permitido llamar una vez el bolchevismo de los privilegiados. Para eso nos convocan; con la invocación de ese miedo nos llaman y nos dicen: "Que se nos hunde España, que se nos hunde la civilización cristiana; venid a salvarla echando unas papeletas en unas urnas." Y vosotros, electores de Madrid y de España, ¿vais a tolerar la broma de que cada dos años tengamos que acudir con una papeleta a salvar a España y a la civilización cristiana y occidental? ¿Es que España y la civilización occidental son cosas tan frágiles que necesitan cada dos años el parche sucio de la papeleta del sufragio? Es ya mucha broma ésta. Para salvar la continuidad de esta España melancólica, alcohólica, triste, que cada dos años necesita un remedio de urgencia, que no cuenta con nosotros. Por eso estamos solos, porque vemos que hay que hacer otra España, una España que se escape de la tenaza entre el rencor y el miedo por la única escapada alta y decente, por arriba, y he ahí por donde nuestro grito de "Arriba España!" resulta ahora más profético que nunca. Por arriba queremos que se escape una España que dé enteras, otra vez, a su pueblo las tres cosas que pregonamos en nuestro grito: la Patria, el Pan y la Justicia.



† JOSE ANTONIO: ¡PRESENTE!

tración se monten de una manera o de otra; pero cuando en una región perdura el sentimiento de insolidaridad con la unidad de destino de la Patria, entonces no se le puede entregar un Estatuto, porque el Estatuto es una herramienta para aumentar el poder de sección. Pues bien: si las Cortes Constituyentes no fueron criminales, erraron el cálculo al dar a Cataluña el Estatuto; pero destruida la presunción de que Cataluña estaba del todo incorporada a la unidad de destino española con la rebelión de la Generalidad, el 6 de octubre de 1934, había caducado toda decente justificación para que el Estatuto se mantuviera; y, sin embargo, las Cortes de 1933 a 1935, tras de suspender tímidamente el Estatuto, dejaron abierta la puerta para que el Estatuto, en todas sus partes, se restableciese.

¡Política estéril de este estéril y melancólico bienio! ¡Política estéril la de esos hombres que tuvieron en sus manos aquella magnífica ocasión del 6 de octubre! Tuviron en su mano todo el Poder, todo el Poder que ahora piden con 180 candidatos, como os decía Julio Ruiz de Alda; tuvieron todo el Poder y toda la asistencia. Fué un instante después de salvada España de la urgencia peligrosa, para levantar una clara consigna, para decirnos: "Ya que nos hemos salvado de este inmenso peligro histórico, vamos a emprender juntos una gran tarea." ¿Se hizo eso? En vano estuvimos esperando la consigna; en vano esperamos el desenlace. Aun dura el papelero, aun duran los juicios orales y los Consejos de guerra. Sabemos que todo es un simulacro. No nos importa en cuanto a los humildes. No nos importa que absuelvan a los mimeros enardecidos. Sabemos que su impetu revolucionario puede encarsarse un día en la Revolución nacional española. No tenemos ningún rencor, ni ganas de que se nos entreguen cabezas cortadas, ni hombres pendientes de la horca; pero nos subleva que de la revolución de Asturias

bridores los hombres de otro. En España hacían muchos años que no se manejaban los caudales públicos y privados con el sucio desbarbazco con que se han manejado en estos tiempos. Nosotros tenemos amigos y enemigos; nosotros sabemos que en todos los partidos hay gentes con quienes coincidimos más o con quienes coincidimos menos; pero ni aun a aquellos con quienes estamos entrañablemente discordes les lanzaremos a la cara la imputación de falta de honradez; sin embargo, nosotros, aquí como en el Parlamento, lanzamos la imputación de falta de honradez a algunos de los hombres que gobernaron en este bienio melancólico. Yo, que en aquella y última noche memorable de las Cortes tuve que hablar hasta las seis de la madrugada, después de poner en claro, cifra por cifra, cómo se preparaba un atraco de dos millones de pesetas contra el Tesoro colonial español, dije a las Cortes: "Ahora, por bolas blancas y por bolas negras, vamos a decidir, no de la honorabilidad de este o del otro ministro, de este o del otro ex presidente (sobre eso el pueblo español tiene ya formado su juicio); vamos a votar sobre el honor de estas Cortes, vamos a saber si estas Cortes reprobaban o toleran que gentes salidas de nuestro seno cultiven así la inmoralidad." A las seis de la madrugada, cuando un amanecer livido empezaba a tener de un tono lechoso la claraboya del salón de sesiones, los diputados, en fila, fueron echando bolas blancas y bolas negras. Por un predominio de las bolas blancas sobre las negras, aquellas Cortes, en aquella madrugada de su suicidio, decidieron que no tenían honor.

Después de esta experiencia estéril de estos dos años, otra vez se nos convoca, como en 1933, otra vez se nos llama para otro, porque viene el lobo, porque viene el ceco? Otra vez, ya alejados por el uso, esos melancólicos carteles, que dicen: "Obrero honrado, obrero consciente—que era un lenguaje apollado ya cuando se escribía "Juan José"— obrero

honrado, obrero consciente, no te dejes engañar por lo que te dicen sus apóstoles." ¡Como si el obrero honrado y consciente no supiera que hasta que armó sus fuertes Sindicatos —donde hubo algún apóstol que quizá medró en política, pero donde hubo ánimo combatiente y medios numerosos—, que hasta que tuvo esos Sindicatos y planteó la guerra, los que hoy escriben esos carteles no se acordaron de que eran obreros honrados y conscientes! Esos carteles, donde se habla de todo, desde los incendios de Asturias hasta las toneladas de cemento que pensaba emplear la C. E. D. A. en su plan quinquenal, pero de donde hay dos cosas totalmente ausentes: primera, la sintaxis; segunda, el sentido espiritual de la vida. Cemento, materiales de construcción, jornales, eso sí; aquello de antes, como ya os he dicho esta mañana: el Crucifijo en las escuelas, la Patria, la unidad nacional, ni por asomo. A última hora parece que se han acordado de que habían quedado fuera de los programas estos pequeños detalles, y empiezan a salir algunos carteles que remedian, si no la sintaxis, al menos el descuido. Los carteles del miedo, los carteles de quien teme perder lo material, los carteles que no oponen a un sentido materialista de la existencia un sentido espiritual, nacional y cristiano; los carteles que expresan la misma interpretación materialista del mundo, la interpretación de esa que yo me he permitido llamar una vez el bolchevismo de los privilegiados. Para eso nos convocan; con la invocación de ese miedo nos llaman y nos dicen: "Que se nos hunde España, que se nos hunde la civilización cristiana; venid a salvarla echando unas papeletas en unas urnas." Y vosotros, electores de Madrid y de España, ¿vais a tolerar la broma de que cada dos años tengamos que acudir con una papeleta a salvar a España y a la civilización cristiana y occidental? ¿Es que España y la civilización occidental son cosas tan frágiles que necesitan cada dos años el parche sucio de la papeleta del sufragio? Es ya mucha broma ésta. Para salvar la continuidad de esta España melancólica, alcohólica, triste, que cada dos años necesita un remedio de urgencia, que no cuenta con nosotros. Por eso estamos solos, porque vemos que hay que hacer otra España, una España que se escape de la tenaza entre el rencor y el miedo por la única escapada alta y decente, por arriba, y he ahí por donde nuestro grito de "Arriba España!" resulta ahora más profético que nunca. Por arriba queremos que se escape una España que dé enteras, otra vez, a su pueblo las tres cosas que pregonamos en nuestro grito: la Patria, el Pan y la Justicia.

Un País que nos una en una gran tarea común; tenemos una gran tarea que realizar: España no se ha justificado nunca sino por el cumplimiento de un universal destino, y le toca ahora cumplir éste; el mundo entero está viviendo los últimos instantes de la agonía del orden capitalista y liberal; ya no puede más el mundo, porque el orden capitalista y liberal ha roto la armonía entre el hombre y su contorno, entre el hombre y la Patria. Como liberal, convirtió a cada individuo en el centro del mundo; el individuo se consideraba exento de todo servicio; consideraba la convivencia con los demás como teatro de manifestación de su vanidad, de sus ambiciones, de sus extravagancias; cada hombre era insolidario de todos los otros. Como capitalista, fué sustituyendo la propiedad humana, familiar, gremial, municipal, por la absorción de todo el contenido económico en provecho de unos grandes aparatos de dominación, de unos grandes aparatos donde la presencia humana directa está sustituida por la presencia helada, inhumana, del título escrito, de la acción, de la obligación, de la carta de crédito. Hemos llegado, al final de esta época liberal-capitalista, a no sentirnos ligados por nada en lo alto, por nada en lo bajo; no tenemos ni un destino ni una Patria común, porque cada cual ve a la Patria desde el estrecho mirador de su partido; ni una sólida convivencia económica, una manera fuerte de sentirnos sujetos sobre la tierra. Los unos, los más privilegiados, nos hemos ido quedando en ejercicios de profesiones liberales, pendientes de una clientela movieda que nos encomiende un pleito, o una operación quirúrgica, o la edificación de una casa; los otros, en esta cosa tremenda que es ser empleado durante años y años de una oficina, en cuya suerte, en cuya prosperidad, no se participa directamente; los últimos, en no tener ni siquiera un empleo liberal, ni siquiera una oficina donde servir, ni siquiera una tierra un poco suya que regar con

el sudor, sino en la situación desesperante y monstruosa de ser proletarios, es decir, hombres que ya vendieron su tierra y sus herramientas y su casa, que ya no tienen nada que vender, y como no tienen nada que vender han de alquilar por unas horas las fuerzas de sus propios brazos, han de instalarse, como yo los he visto, en esas plazas de los pueblos de Andalucía, soportando el sol, a ver si por alguien que los tome a cambio de un jornal, como tomaban en el mercado de Abisinia los esclavos y los camellos.

El capitalismo liberal desemboca, necesariamente, en el comunismo. No hay más que una manera profunda y sincera, de evitar que el comunismo llegue: tener valor de demostrar el capitalismo, demostarlo por aquellos mismos a quienes favorece, si es que de veras quieren evitar que la revolución comunista se lleve por delante los valores religiosos, espirituales y nacionales de la tradición. Si lo quieren, que nos ayuden a demostar el capitalismo, a implantar el orden nuevo.

Esto no es sólo una tarea económica: esto es una alta tarea moral. Hay que devolver a los hombres su contenido económico para que vuelvan a llenarse de sustancia sus unidades morales, su familia, su gremio, su Municipio; hay que hacer que la vida humana se haga otra vez apretada y segura, como fué en otros tiempos; y para esta gran tarea económica y moral, para esta gran tarea, en España estamos en las mejores condiciones. España es la que menos ha padecido del rigor capitalista; España—¡bendito sea su atraso!—es la más atrasada en la gran capitalización; España puede salvarse la primera de este caos que amenaza al mundo. Y ved que en todos los tiempos las palabras ordenadoras se pronuncian por una boca nacional. La nación que da la primera con las palabras de los nuevos tiempos es la que se coloca a la cabeza del mundo. He aquí por donde, si queremos, podemos hacer que a la cabeza del mundo se coloque otra vez nuestra España. ¡Y decidme si eso no vale más que el ganar unas elecciones, que salvamos momentáneamente del miedo!

Para esta gran tarea es para lo que hemos vestido este uniforme; para esta gran tarea es para lo que hemos levantado nuestros brazos, para esta gran tarea es para lo que hemos hecho caso. Lo que se ha formado es otra cosa. ¡Ya os lo han dicho otros! Raimundo Fernández Cuesta, Rafael Sánchez Mazas, Julio Ruiz de Alda, todos, os lo han dicho. No es esto el Frente Nacional, sino su simulacro. Para eso no estamos nosotros; para eso no formamos nosotros; contra eso levantamos nuestra candidatura suelta, que puede triunfar si lo queréis; nuestra candidatura suelta, contra la cual se esgrime ahora un último argumento de miedo. Se dice: "Estos son, al separarse de los demás, también cómplices de la revolución." Primero: ¿De qué revolución? Nosotros no queremos la revolución marxista; pero sabemos que España necesita la suya. Segundo: ¿Quién nos lo dice? Estos enanos de la venta, que ahora hacen a la letra impresa lanzar baladronadas, ¿pueden decirnos a nosotros que somos cómplices de la revolución, cuando en Asturias, en León y en todas partes nos hemos lanzado, unos y otros, a detener con nuestros pechos, y no con palabras, la revolución comunista, y hemos perdido a los mejores camaradas nuestros?

Ahora, mucho "No pasarán", "Moscu no pasará", "El separatismo no pasará". Cuando hubo que decir en la calle que no pasarían, cuando para que no pasaran tuvieron que encontrarse con pechos humanos, resultó que esos pechos llevaban siempre flechas rojas bordadas sobre las camisas azules.

Y, por último, ¿qué se creen que es la revolución, qué se creen que es el comunismo, éstos que dicen que acudamos todos a votar sus candidaturas para que el comunismo no pase? ¿Quiénes les han dicho que la revolución se gana con candidaturas? Aunque triunfaran en España todas las candidaturas socialistas, vosotros, padres españoles, ¿vosotros, hijos van a decir que el pudor es un prejuicio burgués; vosotros, militares españoles, a quienes van a decir que la Patria no existe, que vais a ver a vuestros soldados en disciplina; vosotros, religiosos, católicos españoles, que vais a ver convertidas las iglesias en museos de los sin Dios; vosotros, ¿acataréis el resultado electoral? Pues la Falange tampoco. Votad sin temor; no os asustéis de esos augurios. Si el resultado de los escrutinios es contrario, peligrosamente contrario, a los eternos destinos de España, la Falange relegará con sus fuerzas las actas del escrutinio al último lugar del menoscipio. Si, después del escrutinio, triunfantes o vencidos, quieren otra vez los enemigos de España, los representantes de un sentido material que a España contradice, asaltar el Poder, entonces otra vez la Falange, sin fanfarronadas, pero sin desmayo, estaría en su puesto como hace dos años, como hace un año, como ayer, como siempre."

¡Arriba España!

